

Autogestión del conocimiento virtual en las organizaciones inteligentes del siglo XXI

Emad Aboaasi El Nimer

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
MÉRIDA – VENEZUELA
emaboasi@hotmail.com

DOI: <https://doi.org/10.53766/HumSur/2021.31.09>

Resumen

En el presente artículo, se reflexionará sobre la autogestión del conocimiento virtual como herramienta efectiva para el desenvolvimiento del individuo en la sociedad actual, y su utilidad en las organizaciones inteligentes del siglo XXI.

Palabras clave: Autogestión del conocimiento, organizaciones inteligentes, siglo XXI.

Self-management of virtual knowledge in the smart organizations of the 21st century

Abstract

In this article, we will reflect on the self-management of virtual knowledge as an effective tool for the development of the individual in today's society, and its usefulness in intelligent organizations of the 21st century.

Keywords: self-management of knowledge, smart organizations, 21st century.

Recibido: 19.10.20/ Evaluado: 30.11.20 / Aprobado: 15.1.21.

1. Introducción

¿Cómo *autogestionamos* el conocimiento sobre este tema?

No es fortuito que, al empezar a investigar sobre la autogestión del conocimiento virtual en las organizaciones inteligentes del siglo XXI, el primer paso que hayamos dado es, precisamente, apelar a una rápida búsqueda por internet para visualizar lo que se entiende por ello, y así encontrar información que pudiera servirnos de sustento en nuestras disertaciones. Decimos que no es fortuito porque antes de iniciar la pesquisa, manejábamos, como conocimientos previos, ideas muy vagas sobre el tema. Entonces, decidimos aclararlas.

Para tal fin, realizamos un proceso de investigación recurriendo a uno de los métodos más usuales y rápidos de esta segunda década del siglo XXI, como lo es, conectarnos a internet, abrir el buscador *google*, insertar palabras claves en su recuadro y hundir la tecla *enter*. De la mano de la inteligencia artificial, fuimos de lo desconocido a lo conocido. Del material consultado, pudimos precisar que: “La autogestión es una habilidad intelectual y hoy (en) día está muy ligada al desarrollo de las tecnologías” (Roca, 2013, p.19).

Dicha aseveración puso de relieve que, la autogestión del conocimiento es una actividad que la mayoría de los individuos realizan, *in prima facie*, desde el ciberespacio, para acercarse a la concepción de las cosas reales e irreales, tangibles e intangibles. Esto nos resultó curioso porque, precisamente, era lo que realizábamos mediante la web: *accesábamos* a materiales científicos que nos proveían de datos e información, los cuales leíamos de manera detenida, con el fin de ir fraguando atisbos de un conocimiento crítico con el que pudiésemos entablar relaciones dialógicas con nuestros lectores.

Como segundo paso, indagamos acerca de las organizaciones inteligentes del siglo XXI. De las consultas efectuadas, dedujimos que en ellas confluyen dos inteligencias: la humana, y la artificial; su principal recurso para alcanzar el éxito organizacional es el conocimiento; y su punto de apoyo es la tecnología. Los individuos que las conforman tratan de ir adaptándose a los cambios que ocurren precipitadamente en esta Aldea Global; por ende, gestionan eficacia, eficiencia, integración, innovación, interrelación, armonía laboral, espíritu proactivo, cooperación y resolución de conflictos, en beneficio del capital humano que las integra (Choo, 1999; Senge, 2013).

El tercer paso consistió en valorar el material compilado en la web y seleccionar textos cercanos a nuestro objeto de estudio. Para ello, tomamos en cuenta los siguientes aspectos de evaluación metódica: a) si el autor maneja el tema con ponderación; b) si sus aseveraciones derivan de un proceso de indagación científica, y no de conjeturas ni opiniones personales empíricas; c) si se trata o no de una disertación sustentada, sistematizada y actualizada; d) si el enfoque del autor se relaciona con el tema que nos ocupa y resulta útil para validar nuestros argumentos; e) si la fuente que difunde el texto goza del aval de la comunidad científica, vale decir, está a tono con los cánones académicos exigidos para la divulgación y la universalización del conocimiento.

Como cuarto y último paso, consultamos algunos materiales en físico. A partir de los constructos analizados, y fiándonos de no “(...) rumiar los conocimientos ya acumulados, (...)” (Hesse, 1982, pp.102-103) sino, más bien, de emplearlos como sustento para armar una maqueta del saber, nos concentramos en disertar sobre la autogestión del conocimiento virtual como instrumento cognitivo de los individuos, y como elemento dinamizador de las organizaciones inteligentes. Luego de recabar suficiente información, a partir de un ejercicio metacognitivo, diseñamos un rápido esquema del análisis a desarrollar. Según Aldaz (citado por Rangel, 2013), la metacognición es:

La capacidad que tenemos las personas de autorregular nuestro propio aprendizaje, es decir de planificar qué estrategias de aprendizaje se han de utilizar en cada situación, aplicarlas, controlar el proceso formativo, evaluarlo para detectar posibles fallos, y como consecuencia transferir todo ello a una nueva acción o situación de aprendizaje (p.73).

Finalmente, iniciamos la redacción de este artículo. Lo estructuramos en tres núcleos de reflexión. En el primero, realizamos un rápido recorrido sobre la virtualización del conocimiento y su incidencia en la sociedad de finales del siglo XX y principios del XXI. En el segundo, develamos una definición sobre la autogestión del conocimiento; acto seguido, disertamos sobre esta actividad humana desde las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), en específico, desde el ciberespacio. En el tercero, intentamos resumir en qué consisten las organizaciones inteligentes. Sobre la base de tales ideas, analizamos la importancia que tiene la autogestión del conocimiento virtual en las organizaciones inteligentes del siglo XXI. Así, trazamos nuestras aproximaciones al tema.

2. La virtualización del conocimiento: Epicentro de la sociedad actual

Luego del alunizaje de 1969, la humanidad inició una progresiva transición tecnológica que, a la postre, cimentó un modo de organización comunicacional y una forma de comunicación organizada: la “Sociedad Red” (Castells, 1999 y 2000), donde el día a día fluye mediante dispositivos que funcionan con señales enviadas desde satélites en órbita (Abooasi, S/F). Ante este nuevo escenario, la realidad planetaria se reestructuró en función de Tecnologías de la Información que, *ipso facto*, se convirtieron en promotoras del conocimiento y del progreso de distintas áreas del saber (García, 1997).

Tanto el fenómeno de la información como el de la tecnología digital calaron en el imaginario social. Buena parte de la humanidad los internalizó como medios fundamentales para sus quehaceres, y los amalgamó al discursar de su vida cotidiana en lo individual y en lo colectivo; los insertó en el funcionamiento de las organizaciones públicas, privadas y mixtas; y, en un abrir y cerrar de ojos, pasaron a ser el *leitmotiv* de la dinámica social en esta Aldea Global. No en balde, las generaciones de estos últimos años vivieron –y viven– la evolución y el desarrollo sociocultural a escala planetaria, de la mano con tales herramientas.

Internet, como plataforma de gran alcance, disolvió la distancia real a partir del acercamiento virtual. Transfiguró la sociedad en un contexto donde las fronteras de tiempo y espacio se difuminaron con una rapidez ininteligible, y las relaciones o interacciones se convirtieron en el pan nuestro de cada día, motorizando el funcionamiento de la colectividad (Baumann, 2003; Castells, 1999 y 2000). Hoy por hoy, la información es un componente importante en todos los ámbitos porque funge como elemento inmaterial que, pese a su uso, no se deprecia ni se desgasta (García, 1997). Quizá, atendiendo a su naturaleza científica, pierda vigencia, por lo que sea menester estar actualizándola.

La información se ha convertido en una fuente de riqueza, control, dominio y poder (Roca, 2013); y a través de las ventajas que ofrecen los dispositivos electrónicos puede multiplicarse en grandes proporciones y en fracciones de segundos ante el panorama global (García, 1997), llegando rápidamente a los usuarios. No en vano, en esta era digital, la mayoría de los individuos socializan mediante ordenadores electrónicos.

A propósito de esto, la información se ha convertido en un elemento de acceso a cualquier individuo que la requiera, pudiendo adquirirla mediante un dispositivo y desde cualquier lugar a donde llegue la conexión

satelital. Solo se necesita realizar la búsqueda *internáutica*. El autodidacta de antaño —que con su propia disciplina lectora y versatilidad libresca se instruía a sí mismo—, hoy en día recurre al mundo virtual como primera opción, porque esa herramienta le facilita la búsqueda de contenido (escrito, visual y audiovisual), en tiempo record y en disímiles versiones e idiomas, pudiendo traducir textos a cualquier lengua, de modo instantáneo. Por ende, gracias a la tecnología, el acceso a la información se ha convertido en un principio universal que procura la igualdad comunicativa. En muchos países es un derecho constitucional para el desarrollo y crecimiento de los individuos, las organizaciones y las naciones.

De acuerdo con lo anterior, salta a la vista una pregunta: ¿Qué función desempeña el conocimiento en la actualidad? Evidentemente, no solo es la principal “fuente energética” que transfigura la información en un valioso saber para ser compartido, sino también, es el bagaje que el individuo requiere, en su día a día, para su existencia en la sociedad, su crecimiento intelectual y el desarrollo pleno de sus facultades cognitivas (Vargas y Moreno, 2005). Pues, permite que cada cual logre conocerse a sí mismo, comprender su entorno y cualquier lugar del orbe que sea de su interés; visibilizarse culturalmente, capacitarse en el desempeño de las labores específicas, y formarse para la vida. Al respecto, Toffler (1970) destaca:

(...) si la tecnología tiene que ser considerada como un gran motor, como un poderoso acelerador, entonces **el conocimiento tiene que ser considerado como carburante**. Y así llegamos al punto crucial del proceso acelerativo en la sociedad, pues **el motor es alimentado con un carburante cuya riqueza aumenta todos los días** (p.44).

Bajo esta perspectiva, el conocimiento sigue siendo un asunto social porque se construye como interacción humana en comunidad. Según Cornfoth (1985): “Cada individuo adquiere gran parte del saber a partir de su propia experiencia; no lo hace sin su asociación con los demás, y sin aprender de ellos, (...)” (p.160). Desde este punto de vista, el conocimiento que se *autogestiona* en la sociedad de la información, ha cobrado importancia en las Ciencias Administrativas y Organizacionales, como capital intelectual con un fin utilitarista: reivindicar al individuo como ente gregario, al igual que al tejido social del que forma parte. Pues, “(...) toda persona pertenece a la vez a lo genérico y a lo específico” (Chanlat, 1994, p.328). En consecuencia, al optimizar la calidad de vida individual, se mejora el bienestar colectivo, en este caso, el de las organizaciones.

3. ¿Cómo definimos la autogestión del conocimiento?

Tal como indicamos en la introducción, la autogestión del conocimiento “(...) es una habilidad intelectual y hoy (en) día está muy ligada al desarrollo de las tecnologías” (Roca, 2013, p.19). Consiste en buscar, seleccionar, clasificar y procesar información (Riverola, citado por: *Idem*). Como destreza cognitiva, está unida a la idea del aprendizaje constructivista, debido a que el mismo sujeto cognoscente es quien descubre lo que quiere conocer y labra el periplo por el cual trasegará el conjunto de información recabado (Rodríguez, Martínez y Lozada, 2009).

La autogestión del conocimiento, al estar vinculada a las capacidades y destrezas individuales, motiva la creatividad de manera autónoma, permitiendo que cada quien, a través de las ventajas que ofrece el ciberespacio, sea “(...) autogestor de su propio conocimiento” (Záe, Diégues y Quintana, 2020, p.4), el cual socializará con los demás de modo real o virtual. Si se trata de tareas asignadas en su organización las compartirá entre sus pares *in situ* o mediante la web: blogs, e-mails, videoconferencias, reuniones, chats, Webinars, Whatsapp, Podcast, etc.

Así entonces, la autogestión del conocimiento virtual es una herramienta útil en la sociedad de red, porque los individuos, al estar interconectados a ordenadores electrónicos, podrán orbitar en torno a las señales satelitales de las que fluye un manantial de información, (incluso, en tiempo real), que viaja a la velocidad de la conectividad del servidor y le llega a los usuarios desde todos los lugares del planeta.

Cada día, la determinación de las tecnologías digitales conduce a la individualización. La autonomía individual, como forma de existencia, es una realidad cotidiana que puede percibirse en el modo en que cada cual, desde un teléfono móvil, una tablet, una computadora o una laptop, accede a la información, se apropia de ella, la archiva, la edita, la guarda y la pone a circular en la web. De esa forma independiente, se puede *accesar* al espacio virtual a cualquier hora y desde cualquier sitio. Por ende, la autogestión del conocimiento virtual, hoy más que nunca debe estar en el centro de la reflexión. A renglón seguido, ahondaremos sobre el tema.

3.1 Autogestión del conocimiento y su implicación virtual

En la sociedad del siglo XXI, la virtualización de los asuntos cotidianos ha convertido a la web en: autopista del conocimiento por donde circula tanta información; medio primordial para obtener y divulgar saberes; vía expedita de comunicación; instrumento que facilita la compra-venta; ruta

de acceso a solicitudes, contrataciones, formas de pago; espacio de relaciones laborales, sentimentales y de amistades; plataforma digital para la enseñanza-aprendizaje; itinerario *de y para* la interacción humana. En resumidas cuentas, el ciberespacio se ha convertido en una estructura organizacional que direcciona modos de vida y dinamiza el radio de acción de la colectividad.

Los individuos han sabido adecuarse al mundo virtual que, de manera vertiginosa, ha generado un cambio paradigmático en las formas de socialización, transacción, prestación de servicios, tramitación de recaudos, traducción, comunicación y diversión; al igual, ha innovado las maneras de investigar, realizar arqueos, archivar documentos, *accesar* a bibliotecas y portales documentales virtuales, páginas web, ingresar material escrito, fonográfico y audiovisual; desarrollar videojuegos, establecer conversaciones escritas (chats) o en video-conferencia en tiempo real; insertar y descargar libros, revistas y periódicos; mantener correspondencia electrónica (e-mails), obtener y divulgar información, revisar diccionarios, localizar personas y lugares; crear redes sociales (Facebook, Instagram), redes profesionales (*Linkedin*), aulas virtuales, teletrabajo, trabajo a destajo; cursar estudios de capacitación, adiestramiento y formación a distancia, etc. Todo esto lo permite la inteligencia artificial.

En materia de búsqueda de conocimientos, la inteligencia humana se ha visto muy favorecida por la web. Las ventajas que el internet le ofrece a los internautas les permite que, a través del servicio de navegación o buscadores digitales, puedan obtener la información requerida. Cualquier individuo puede asirse a las herramientas tecnológicas a fin de instruirse, entablar comunicación, proyectarse y realizar la actividad que (re)quiera de acuerdo a sus propios intereses. Tal operación está unida con la autogestión del conocimiento actual, sobre todo, en estas generaciones de ciudadanos, quienes, mediante una computadora, un teléfono inteligente –o un dispositivo electrónico– obtienen datos o realizan alguna gestión a través de las Nuevas Tecnologías de la Información, en específico, desde el internet.

Por tanto, en la sociedad de red (Castells, 1999; 2000) la inteligencia artificial logró compenetrarse con la inteligencia humana, creando dependencia entre ambas. No en balde, en la mayoría de los países, el individuo es un apéndice de los aparatos electrónicos que, a su vez, son su primordial herramienta de trabajo, como en nuestro caso que iniciamos la indagación virtual y estamos trazando estas ideas desde las teclas de un computador. Siguiendo a Toffler (1970), en la sociedad de la información:

(...) la innovación tecnológica no combina y recombina simplemente máquinas y técnicas. Las nuevas máquinas importantes hacen algo más que aconsejar u obligar a hacer cambios en otras máquinas: sugieren nuevas soluciones a los problemas sociales, filosóficos e incluso personales. Alteran todo el medio intelectual del hombre, su manera de pensar y de ver el mundo (p.43).

Así, en la era digital, la dimensión humana ha fraguado una nueva cosmovisión: reivindicar el progreso de la autonomía cognitiva individual desde un navegador internáutico. Las barreras y restricciones de antaño, en buena medida, se han disuelto. El *autoadiestramiento*, la *autoinstrucción*, o más bien, la edificación del conocimiento que cada individuo quiera labrarse, es un menú de opciones que contiene el *website* al que se puede acceder desde un procesador. (Salvo en ciertas naciones que, por razones ideológicas o culturales, existe control social de acceso a la información).

Incuestionablemente, el método de búsqueda virtual tiene su propio hedonismo porque: “Cuando alguien, que de verdad necesita algo, lo encuentra, no es la casualidad quien se lo procura, sino él mismo. Su propio deseo y su propia necesidad le conducen a ello” (Hesse, 1982, p.140). Desde esa óptica, cada persona, de acuerdo a sus destrezas y necesidades, construirá su conocimiento. Luego, a través de su labor, lo transferirá a la organización en la que se desempeña. Bien sea a la misma sociedad, al grupo familiar, al ente al que presta sus servicios, a instituciones públicas y privadas; o incluso, a los grupos de redes sociales a los que pertenezca.

3.2 Web y conocimiento

El ciberespacio resquebrajó las barreras espaciotemporales del ayer (Baumann, 2003). La información, la comunicación y el conocimiento alcanzaron niveles de instantaneidad y ubicuidad, permitiendo a los individuos un diálogo abierto al mundo desde la cosmovisión cibernética (Toffler, 1970; García, 1997). Lo divulgado en internet es plural, circula con tanta rapidez que supera las limitaciones del tiempo real (Castells, 1999 y 2000; García, 1997; Baumann, 2003). Se trata de un contexto que contiene una “multiplicación de acontecimientos” imprevistos, y con “superabundancia de información”¹ (Augé, 2001, pp.34-35). Ello demuestra que las TIC no pueden banalizarse como una moda impuesta por el mercado capitalista, porque, en el siglo XXI, forman parte de la vida humana y tienen marcada incidencia en la dinámica organizacional que conjuga la inteligencia humana y la inteligencia artificial como dos caras de una misma moneda.

Siguiendo a los autores Arano, Cano y Olivera (2012):

(...) el conocimiento, la información y el aprendizaje, como variables interrelacionadas (...), son tres de los elementos que permiten y favorecen el crecimiento del capital humano, mismo que determina la calidad y valor de las entidades a las que pertenecen, haciendo de éstas organizaciones inteligentes (p.45).

Así entonces, no resulta exagerado señalar que en esta *hiperrealidad* virtual que nos habita, nuestra cotidianidad se diluye entre dispositivos electrónicos. La información, la comunicación y el conocimiento llegan a nosotros gracias a las señales satelitales. Por consiguiente, las herramientas tecnológicas son el carburante necesario de las organizaciones inteligentes de las que, a renglón seguido, daremos cuenta.

4. ¿Qué entendemos por organizaciones inteligentes?

Son instituciones privadas, públicas o mixtas cuyos miembros procuran el aprendizaje para su crecimiento personal, profesional y colectivo; son espacios de socialización: “(...) donde la gente expande continuamente su aptitud para crear los resultados que desea, donde se cultivan nuevos y expansivos patrones de pensamiento, donde la aspiración colectiva queda en libertad, y donde la gente continuamente aprende a aprender en conjunto” (Senge, 2010, p.11). En consecuencia, “(...) se genera un proceso de aprendizaje organizacional que (...) (conduce) a la organización hacia un (...) desarrollo orientado hacia la competitividad, (...)” (Ramírez, 2019, p.26).

Tales organizaciones se encuentran sugestionadas a un perenne cambio, como señal de revitalización y adecuación a las transformaciones propias de la dinámica cultural, empresarial, económica y política. Se preocupan por capacitar y actualizar a sus miembros; los estimulan a conducir su ingeniosidad hacia la innovación; los preparan para trabajar proactivamente tanto en lo individual como en lo colectivo; los instruyen a tener sentido de pertenencia organizacional, capacidad de integración e identidad con el entorno y el grupo con el que socializan; los motivan a alcanzar metas, a dirimir conflictos, a dar respuestas útiles, a trocar la confrontación por la conciliación; a profesar el espíritu armónico de colectividad; a construir espacios dialógicos como señal de comunicación organizacional y de intercambio de saberes; a buscar eficacia, eficiencia y éxito en el desempeño de sus labores; y a consolidar los lazos con el ente que los acoge; su *leit motiv*

es trazar retos para el crecimiento de todos (Choo, 1999; Arano, Cano y Olivera, 2012; Senge, 2013; Acevedo, 2015).

Las organizaciones inteligentes consideran al ser humano como capital intelectual que mueve las ruedas de todo conjunto social. Saben que sin conocimiento no hay integración, socialización, desarrollo, prosperidad, adelanto ni crecimiento (Choo, 1999). Despliegan sus estrategias, su planificación y sus servicios mediante los dispositivos propios de la era digital para lograr sus metas. Por ende, no puede hablarse de organizaciones inteligentes si las mismas no están interconectadas con los adelantos que ofrece la sociedad de red; pues, en la construcción de conocimientos, hoy en día, la inteligencia artificial está unida al desempeño de la inteligencia humana.

4.1. Autogestión del conocimiento virtual en las organizaciones inteligentes del siglo XXI

En 1990, Peter Senge publicó su libro *La quinta disciplina. El arte y la práctica de la organización abierta al aprendizaje* (2010), en el que expresó:

Ahora está surgiendo un nuevo tipo de micromundo. Los ordenadores personales posibilitan la integración del aprendizaje acerca de interacciones grupales complejas con el aprendizaje acerca de interacciones empresariales complejas.

Estos nuevos micromundos permiten que los grupos mediten, expongan, verifiquen y mejoren los modelos mentales de los cuales dependen para enfrentar problemas dificultosos. Son ámbitos para elaborar visiones y experimentar con una amplia gama de estrategias y políticas destinadas a alcanzar esas visiones. (...)

Creo que **los micromundos constituirán una tecnología decisiva para implementar las disciplinas de la organización inteligente** (p. 389)

Las anteriores aseveraciones sobre el destino que tendría la informática en las organizaciones inteligentes, no solo resultaron proféticas, sino que, tres décadas después, han cobrado mayor vigencia. Por tanto, sería un contrasentido concebir a las mencionadas organizaciones desvinculadas de las Tecnologías de la Información y la Comunicación, porque es a través de éstas que el conocimiento ha logrado (y aún logra) difundirse masivamente hacia distintos derroteros, con disímiles contenidos y en tiempo veloz (Roca, 2013). No en balde, “(...) hoy cada vez más nos encontramos con formas de narrativas transmediáticas (...) que impulsan (...) a buscar información de manera autónoma, logrando de esa forma un mayor involucramiento

e interacción con dichas narrativas, no solo transmediáticas sino también hipertextuales” (Acevedo, 2015, p.2).

Como la era digital ha permitido una apertura comunicativa, informativa y científica al mundo, resulta necesario fomentar, en las organizaciones inteligentes del siglo XXI, la autogestión del conocimiento, desde el ciberespacio. De acuerdo con lo expuesto en los párrafos precedentes, tal actividad intelectual impactaría de manera positiva en el desarrollo de las capacidades cognitivas del cuerpo organizacional, al motivar a sus miembros a *accesar* a un nutrido y actualizado menú de saberes, en beneficio de las instituciones sociales a las que pertenecen, y del contexto en la que éstas desarrollan su dinámica.

Las destrezas humanas de intercambio de información se han amplificado de manera inefable. La capacidad de almacenamiento de datos, así como su localización, ubicación, archivo y remisión es perfectamente rápida desde la web, la cual permite mayor y mejor intercambio de conocimientos. No olvidemos que los archivos de información que ocupan enormes espacios físicos están a la orden del día, en un ciberespacio, al que se puede *accesar*, cómodamente, desde cualquier lugar y sin restricciones de hora.

Así entonces, la captación y difusión de conocimientos en los individuos que forman parte de las organizaciones inteligentes, permitiría, a cada cual, mayor adiestramiento y mejor desempeño teórico-práctico en su área de labor, profesión u oficio. El bagaje adquirido sería provechoso tanto para el crecimiento profesional como organizacional. Incluso, haría que la percepción corporativa fuese más útil *en y para* el contexto social.

De esta suerte, la autogestión del conocimiento virtual permite a las organizaciones inteligentes establecer interconectividad y crear puentes dialógicos con personas jurídicas y naturales, desde variadas distancias y con diversas culturas. La web, como espacio de socialización y navegación digital, permite crear alianzas; intercambiar experiencias; desarrollar proyectos en conjunto; promover investigaciones inter-organizacionales en aras de la formación recíproca de sus miembros; logra la ampliación de la organización; incide en el beneficio a la sociedad, el respeto al medio ambiente y la capacidad de crear un desarrollo sostenible y sustentable. En una frase, contribuye con el bienestar social.

También, desde la web, se puede instruir al personal mediante cursos *on line*. Esto evitaría gastos operativos de traslado dando la opción de hacerle seguimiento a la captación del aprendizaje de cada cual. Luego, a partir de discusiones grupales, pueden crearse dinámicas de intercambio de ideas como un modo de retroalimentación entre todos.²

Indiscutiblemente, el uso de las TIC permite eficacia al proceso de búsqueda, producción, administración y aplicación de conocimientos consistentes en ideas, conceptos, experiencias, propuestas, principios y valores que puedan ser capitalizados en toda organización inteligente. El ciberespacio: “(...) ofrece la posibilidad, de gestionar y autogestionar el conocimiento con mayor calidad. Para lograrlo es preciso explotar todas las alternativas, pues de ello depende en gran medida la supervivencia del sistema social” (Roca, 2013, p.10).

Ahora bien, salta a la vista una interrogante: ¿Qué rol juegan los individuos en las organizaciones inteligentes del siglo XXI? En nuestro concepto, son el principal centro de gravitación. De ellos depende el progreso y el desarrollo de toda institución. El capital humano, como fuerza de trabajo e intelectual, es el pilar de las organizaciones. Por ende, todo cuerpo social instituido debe preocuparse por formar a su personal; fomentar la creatividad, la eficiencia, la eficacia, la nueva visión de liderazgo, la planificación, la dirección, el alcance de metas, la resolución de conflictos, la toma de decisiones, entre otros tópicos, a fin de consolidar una ética utilitarista encaminada hacia la felicidad y el bienestar social.

Finalmente, ante la inenarrable información habida en textos, imágenes, sonidos, audios y videos que ofrece el ciberespacio, resulta fundamental apelar a la estrategia de *autogestionar* conocimientos en las organizaciones inteligentes del siglo XXI. Cada sujeto, con sus destrezas en las TIC, podrá asirse al bagaje de su interés para el bien de su entorno corporativo. La tecnología, como instrumento de apoyo de la humanidad; y el saber, como palanca que moviliza las ruedas de la tecnología de la información; son la levadura que, en estos tiempos, permiten el crecimiento de una nación.

5. A modo de conclusión

El capital intelectual se ha convertido en un elemento inherente al ámbito de las organizaciones. En la era digital está muy ligado al discurrir mediático que arroja a la Aldea Global, debido al contubernio existente entre inteligencia humana e inteligencia artificial. De allí dimana la mayoría de la construcción de conocimientos actuales, porque la humanidad cohabita con ordenadores y dispositivos electrónicos. El espacio virtual tiene amplio espectro en la vida cotidiana. El internet es un medio importante que ha dado autonomía a los individuos para realizar trámites y actividades personales, al crear espacios de individualización en la sociedad, al punto de que cualquier persona, de acuerdo a sus destrezas, en mayor o menor medida, puede manejarse *en y desde* la web, sin dificultad.

Los individuos tienen las herramientas para *autogestionar* su propio conocimiento. A partir de los ordenadores electrónicos pueden revisar distintos repositorios documentales y descargar un copioso y actualizado cúmulo de saberes que esté al alcance virtual. Lo pueden hacer con rapidez, a cualquier hora y desde la comodidad de estar sentados en la casa, la oficina, la universidad, la escuela, el liceo, la sala de conferencias, el consultorio, el aeropuerto, el parque, el centro comercial, u otro lugar a donde llegue la conectividad. Ello permite ahorro de tiempo, economiza gastos operativos y evita la dilapidación de horas-hombres en buscar, elaborar y difundir datos e información.

Además, la virtualización ha permitido visibilizar el conocimiento a la velocidad de la luz. Es una herramienta que, necesariamente, debe ser aprovechada en las organizaciones inteligentes del siglo XXI. Éstas, por estar conformadas por individuos, y a la vez, ser espacios de socialización, cumplen el rol de sensibilizar a su personal como ente pensante y libre. De modo que, cada uno, mediante su autogestión del conocimiento virtual, pueda hacerse del saber que requiera para el desarrollo de sus actividades y las de la corporación a la que pertenece; amén de transferir datos e información, interactuar, capacitarse, formarse y prepararse para la vida al ritmo que ofrezca la sociedad de red.

Claro está, hay que saber planificar las labores que se realizan mediante la web para no caer en el vicio de procrastinar, pues, con la excusa de estar en la comodidad del hogar, el ser humano puede dilapidar tiempo de trabajo aplazando sus actividades; pero, también, puede convertirse en un autómata electrónico, que trabaja más, aunque no tenga verdadera conciencia de ello, y cuya libertad estaría a merced de los dispositivos digitales. Esto lo decimos porque, desde la pandemia del año 2020, el teletrabajo ha sido una vía efectiva para el desempeño de las labores, sin embargo, ha fomentado el sedentarismo y ha afectado el concepto de la vida privada de cada quien. Ahora, lo íntimo y lo público marchan a un ritmo donde el discurrir espaciotemporal ya no halla dicotomía. La privacidad se ha difuminado en espacios borrosos. Con el trabajo desde la casa, da igual estar en pijamas durante la noche y el día. Los horarios se han visto alterados. Por ende, hay que calibrar el tiempo de inversión frente a las TIC, para demediar el teletrabajo de los asuntos de la vida doméstica, y no permitir la fusión de ambos. De lo contrario, los resultados pudieran ser nocivos para los individuos.

Pese a esto último, la web se ha convertido en una especie de oráculo de la postmodernidad al que los individuos acuden para consultar dudas e interrogantes ante el Olimpo cibernético. De ahí su importancia en la capacitación y difusión de conocimientos; de ahí su rol como columna vertebral de las organizaciones inteligentes; de ahí que sea un instrumento útil para el aprendizaje. Por consiguiente, si la humanidad ha progresado a través de la multiplicación de saberes, máxima que ha ido repitiéndose a través del tiempo, hoy en día, se posiciona mucho más a través de los satélites en órbita, los cuales no deben perderse de vista.

Notas

- 1 Inicialmente, tal aseveración la realizó Augé en 1992, para referirse a los espacios de amplia concurrencia humana, *los no lugares*, como sitios de paso: los aeropuertos, las autopistas, los terminales, etc. Sin embargo, en una entrevista que le realizó Geli (2019) amplió su visión, al destacar: “(...) hoy se puede decir que el *no lugar* es el contexto de todo lugar posible. Estamos en el mundo con referencias que son totalmente artificiales, incluso en nuestra casa, el espacio más personal posible: sentados ante la tele, mirando a la vez el móvil, la tableta, con los auriculares... Estamos en un no lugar permanente; esos aparatos nos están colocando permanentemente en un no lugar. Llevamos el *no lugar* encima, con nosotros... (...) No sé si la Tierra ya es toda ella un *no lugar*”.
- 2 Existe una experiencia interesante de autogestión del conocimiento en los videojuegos virtuales. Éstos, al permitir a los individuos interactuar en la red, de manera sistemática, influyen en su desarrollo personal y le estimulan destrezas competitivas. Fungen “(...) como sistemas de información (...) (razón por la cual) se convierten en las primeras herramientas tecnológicas en donde los sujetos empiezan a experimentar (...) (lo) que requieren, (...) para poder enfrentarse a las dinámicas y a los retos que los videojuegos les proponen” (Acevedo, 2015, p.2).

Referencias

- Aboaasi, E. (S/F). *La Publicidad conquista el espacio* (1969). En imprenta.
- Augé, M. (2001). *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona (España): Gedisa.
- Acevedo-Merlano, A. (2015). *Inteligencia conectiva y autogestión del conocimiento*. Colombia: Corporación Universidad de la Costa. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/323826224_Inteligencia_conectiva_y_autogestion_del_conocimiento.

- Arano, R.; Cano, M. y Olivera D. (2012). Las organizaciones inteligentes como generador de entornos competitivos. *Ciencia Administrativa*, (núm 1), México: Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores de las Ciencias Administrativas, Universidad Veracruzana, pp. 41-45. Recuperado de: <https://www.uv.mx/iiesca/files/2012/10/Portada-2012-01.pdf>.
- Baumann, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2000). La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen I. *La sociedad red*. Madrid: Editorial Alianza. Recuperado de: <https://revolucioncantonal.net.files.wordpress.com/2018/02/volumen-1-la-sociedad-red.pdf>.
- Castells, M. (1999). *Internet y la Sociedad Red*. Recuperado de: http://red.pucp.edu.pe/wpcontent/uploads/biblioteca/Castells_internet.pdf.
- Cornforth, M. (1985). *Teoría del conocimiento*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Chanlat, Jean-F. (1994). Hacia una antropología de la Organización. *Gestión y política pública*. Volumen III, (núm 2), pp. 317-364. Recuperado de: file:///C:/Users/Mi%20PC/Downloads/DOCT2064260_ARTICULO_3-VOLIIINUM2.PDF.
- Chun, Ch. (1999). *La organización inteligente: El empleo de la información para dar significado, crear conocimiento y tomar decisiones*. México: Oxford University Press.
- García, J. (Coord.) (1997). *Humanismo y tecnologías de la información*. Madrid: Instituto Internacional Teológico a Distancia, Plan de Formación Sistemática.
- Geli, C. (31 de enero 2019). Marc Augé: Con la tecnología llevamos ya el “no lugar” encima, con nosotros, *El País*. Barcelona, España. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2019/01/31/actualidad/1548961654_584973.html.
- Hesse, H. (1982). *Demian*. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Ramírez, A. (2019). La estupidez expresa en el proceso de aprendizaje organizacional, *Gestión y estrategia*, Año 28, (núm 56), México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 23-36. Recuperado de: <http://gestionyestrategia.azc.uam.mx/index.php/rge/article/view/664/595>.
- Rangel, A. (2013). Metacognición: autogestión del conocimiento para los estudiantes de la Universidad del Zulia. *Opción*, Volumen 29, (núm 71), Universidad del Zulia, Maracaibo, pp. 70-89. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31030401005>.
- Roca, D. (2013). *Multimedia para la autogestión del conocimiento en la disciplina Comunicación y Desarrollo, de la carrera Comunicación Social*, Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Facultad de Psicología, Carrera Comunicación Social, Santa Clara, trabajo presentado para optar al Título de Licenciado en Comunicación Social. Recuperado de: <http://dspace.uclv.edu.cu/handle/123456789/708>.
- Rodríguez, J.; Martínez, L.; Lozada N. y Lozada J. (2009). Las TIC como recursos para un aprendizaje constructivista. *Revista de Artes y Humanidades*

- UNICA, Volumen 10, (núm 2), Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta, pp. 118-132. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=170118863007>.
- Senge, P. (2010). *La quinta disciplina. El arte y la práctica de la organización abierta al aprendizaje*. Buenos Aires: Granica. Recuperado de: <https://www.univermedios.com/wp-content/uploads/2018/08/La-quinta-disciplina-Peter-Senge-.pdf>.
- Toffler, A. (1970). *El shock del futuro*, Barcelona (España): Plaza & Janés Editores.
- Vargas, A.; Moreno, M. (2005). La gestión del conocimiento en las organizaciones, *Tourism & Management Studies*, (núm 1), Portugal: Universidade do Algarve, (Ejemplar dedicado a: *Revista Encontros Científicos*, Idioma español), pp. 139-151. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4789030>.
- Zae, B.; Diéguez B.; Quintana, R. y Quintana N. (2020). La autogestión del conocimiento científico en los estudiantes de Licenciatura en Contabilidad y Finanzas, *Educación y Sociedad*, Volumen 18, (núm 1), Cuba: Universidad de Ciego de Ávila Máximo Gómez Báez, pp. 1-11. Recuperado de: <http://revistas.unica.cu/index.php/edusoc/article/view/1373/pdf>.